

1

El viaje eterno hacia Valcryshand

Algunos ya apuntaban a que el desenlace había sido trágico y atroz, los dharios llegaron hasta Dhar para informar al rey del desarrollo de la batalla en el norte. La noticia comenzó a volar de aquí para allá; por lo visto, Bredamor seguía vivo, pero ¿por qué no había regresado con sus hombres? Eurora recibiría en cuestión de días un comunicado de Thorvald, esforzándose por explicar lo sucedido, pero de forma muy escueta y sin redundar en demasiados detalles.

Todos en el castillo continuaban con sus asuntos, mas el rey no había conciliado el sueño desde que Bredamor se había marchado, y lo que todavía quedaba por llegar resultaría peor de asimilar. Las órdenes eran claras y concisas, la escolta de Thorvald ejecutó los planes tal y como fueron decretados. Existía un clima de incertidumbre abismal. El monarca escuchó una vez hablar a Bredamor de su amigo Syndarur, y justamente de él recibiría la información pertinente a su debido tiempo. Pero ¿por qué motivos extraños no había regresado? ¿Qué debía informar con detalle ese mago que solo Bredamor conocía?

Thorvald dispuso un gabinete excepcional para indicar a los caballeros las nuevas directrices. Los objetivos prioritarios estaban más que claros; primero, apaciguar a la guardia sobre lo sucedido en los últimos días, por muy inverosímil que pareciera. Segundo, no levantar alarmas ni negativismos y mucho menos tomar posturas maximalistas. Eran tiempos, por muy desabrigados que aparentasen, que requerían de reflexión y cautela.

Ahora quedaban días interminables llenos de interrogantes. Los dharios especificaron los pasos durante el viaje al norte, el apoyo incondicional de Martynb, los poblados levantados ante la voz enérgica del goureño, la necesidad de convertir Kaothee en una estrella buena, el encuentro fortuito con los elfos y el secreto de Bredamor. Thorvald increpaba a sus caballeros para que le narraran hasta el más mínimo

detalle, pero no sabían más de lo que describían. Podían manifestar que Bredamor se encontraba herido y en unas circunstancias un tanto especiales; no pronunciaba palabra, exclusivamente murmuraba monosílabos extraños que apenas entendieron Norlas y Syndarur.

El rey se subía por las paredes, dudaba hasta de su sombra y se malhumoraba al no comprender que él, tratándose del soberano, fuera el que menos información recibía. Visto lo visto, y sin más añadiduras, se limitó a esperar la llegada de Syndarur.

Con la misma información, fue remitida una carta al palacio de Eurora, aunque en ningún momento los reyes de la capital habían aprobado la marcha liderada por Bredamor. De hecho, la única y última vez que vieron al goureño junto con Thorvald, consideraron que un plan así resultaba precipitado, sin base ni éxito. La decisión la dejaron en manos de Thorvald, pero también bajo su plena responsabilidad. Nadie sabía más de la cuenta y la espera se hizo eterna, hasta que, finalmente, solo se confirmó que Bredamor continuaba vivo.

«La isla Ponente Este, descrita como el territorio del hielo caliente hasta el desierto frío. Pues aquellos vividores han sentido en su piel la variedad de sentimientos y sensaciones que recorren de este a oeste la isla del sureste de Continenthar».

Bredamor ya estaba preparado para iniciar su último viaje hacia Ponente Este. Durante su traslado hacia los brulotes, Norlas y Syndarur no dejaban de hablar y de intercambiar datos útiles. Se encontraban allí de la misma forma en que se amarraron cinco acorazados élficos de la ínsula, con las banderas ondeantes de Valcryshand y Odossin. Su casco ojival y escasa altura los identificaban fácilmente.

Eran los días previos al colapso de Continenthar, durante la estancia de Kaothee sobre Baonor; el planeta sufría con horrores el acercamiento del astro. La rotación natural cesaba durante varias jornadas y Continenthar quedaba a merced de una pausa inquietante. Transcurrido el pasar de Kaothee,

experimentaba anomalías curiosas, lo que podría conllevar algún día la desviación de su órbita.

Los cinco barcos navegaron hasta Ponente Este; no había tiempo que perder, porque la vida de Bredamor se iba apagando tenuemente y se debía cumplir con la promesa del goureño valeroso. El clima no tuvo compasión de la navegación y uno de los navíos desapareció bajo las tormentas. Un huracán terrible originado por la presencia de Kaothee provocó el levantamiento de los océanos y parecía que las islas fueran a desaparecer. Los elfos se las ingenieron a duras penas para llegar, un segundo brulote sufrió el empeine de una ola gigantesca y se hundió en las profundidades. A punto estuvieron de perecer Bredamor y su compañía de la misma forma. Pese a todo, consiguieron arribar, pero la pena invadió los corazones de los elfos por perder a sus compañeros en el abismo. Nadie había contemplado la virulencia de esas aguas, tan benevolentes en su día. Ahora, incrédulos ante lo que veían, comenzaron a entender que Kaothee destruía lentamente el mundo que conocían.

Bredamor había invertido el viaje musitando, percibía un alivio sobrenatural por haber acabado con el Aliento de Kaothee. Se sentía impotente por saber que ahora le tocaba desaparecer. Despacio y pese a su estigma profundo, las manchas que habían cubierto casi la totalidad de su cuerpo perdían color, aunque se negaban a abandonarlo. Seguían allí, latentes como marcas de agua. La maldición le había pasado una factura muy cara. Poco antes de desembarcar, apoyado en un bastón, quiso dirigirse a sus dos amigos.

—Por un instante, no supe quién era. A pesar de olvidarme de mi ser, no he podido hacerlo de ella... Maira.

Norlas le sonreía porque ambos experimentaban una emoción inusitada. También existía incertidumbre por el paradero de la semielfa, ¿y si después de todo ella no se hallaba allí? ¿Qué se podría realizar entonces?

Syndarur lo ayudó a salir del barco y juntos, después de contemplar los destrozos de la tormenta terrible, comprendieron que estaban vivos por fortuna de los dioses. El

casco se presentaba abombado y algunos palos se resistían a permanecer fijados a la superficie; las velas yacían hundidas, y la proa, desmembrada. Todavía azotaba con fuerza el viento, no había tregua; ya sabían lo que se encontraba detrás, el cielo lo manifestaba. Un firmamento ambarino y verduzco se reflectaba ensoñador y las nubes se habían arremolinado en el norte, formando una espiral extraña.

Caminaron rápido, pero siempre comprobando la salud de Bredamor. Valcryshand quedaba aún lejos, pero pronto tomarían unos caballos o *llanuros*, a ser posible, en las cuadras próximas a la ciudad de Odossin.

Debieron de ser los nuevos aires, el aroma de un escenario desconocido o las expectativas ante el acercamiento a Maira, pero Bredamor revivió misteriosamente y quiso dejar de resultar una carga para sus amigos. Deshaciéndose del bastón, les demostró que sus últimas fuerzas las administraría de forma inteligente y sin ahogos inútiles.

Su destino eran los puertos de Lardehm, pero la tormenta los había desviado unas millas más al sur, cerca del Reino de Moriem. Desde allí, tuvieron que andar dirección norte hasta Odossin y después recalcular su posición para desviarse hasta el reino del azul de la vida. Valcryshand se ubicaba en Froester, arropado entre montañas guardianas; todo había sido dispuesto para que no se lastimara ni recibiera empeines de las tormentas de hielo que viajaban de norte a sur y de este a oeste. El trazado se determinó de la siguiente manera: bordear la isla sin perder en ningún momento el norte, caminar y dejar a la derecha las montañas Odossin; no había demasiado tiempo para detenerse y tomar caballos, por lo que los elfos decidieron confiar en el destino y la fortaleza de Bredamor. Por la zona de Froester rondaban los *llanuros*¹, similares a los equinos, aunque más lanosos y con una resistencia única para el frío. En altura, también resultaban admirables; sacaban con seguridad cinco o seis cabezas a un caballo de mediana edad y se precisaba una mano amiga o una plataforma para subir a sus lomos. De encontrar alguno,

¹ En nuestro mundo real existen los caballos de Yakutia, ya que comparten gran similitud con los *llanuros*.

podrían llegar velozmente hasta Valcryshand y cumplir la promesa eterna del goureño.

Iniciaron su viaje con un ímpetu desconocido, alcanzaron uno de los desvíos ocultos de Odossin y, desde allí, accedieron a la majestuosidad del reino más profundo de los elfos de Ponente Este: Odossin. Ossysme y Nindara reinaban desde hacía generaciones y tiempos ignotos. Cuando Bredamor arribó, Norlas les explicó con detalle las circunstancias tan inusuales de la enfermedad del goureño. Comprendieron con incomodidad que un elfo se había convertido en el precursor del final triste de Bredamor. Eceron había subvertido el orden lógico de las cosas, y lo que se meciera en su mano acarrearía un desenlace horrible. Se había transformado en un usurpador de la vida a su antojo, vanidoso por apoderarse de un reino que no debería pertenecerle. Lo lamentaron de manera rechinante, no merecía poseer la potestad de mancillar El Continente de esa manera, pero del mismo modo culpaban a los propios continentales de no saber otorgar tierras a personas ejemplos de bondad y virtudes. Ya lo vaticinaron el mismo día que Ecer fue excomulgado de Odossin; aunque una comitiva trató de diezmarlo junto con el valeroso Bredamor, nada se logró, ya que su poder había adoptado unos parámetros desconocidos hasta para los elfos. A pesar de ser arrojado al océano en un confinamiento de hierro y óxido, Ecer huyó y se atrevió a maldecir a quienes lo habían juzgado vilmente en el árbol de Lodín. Ossysme y Nindara no volverían a dar su brazo a torcer, y cualquier acción bélica contra él se postergaría. Hacerle frente era sinónimo de fracaso, al menos por el momento. Tras recibir a Bredamor y un discurso muy constructivo de Norlas, comprendieron que el goureño valeroso había representado una víctima más de la maldición de un elfo que nunca debió haber existido.

Bredamor tuvo la suerte de contemplar aquel lugar: las bóvedas de cristal, las construcciones de ladrillo fino, las venas enraizadas de los abedules en pleno alboroto laberíntico transcurriendo por sus calles, la esencia fragante que estimulaba hasta la pituitaria más aletargada y las mareas

de espinos de fuego que apabullaban rincones y jardines. Resultaba indescriptible; no hallaba palabras, solo lágrimas que resumían la emoción inmensa que lo embargaba.

Ossysme y Nindara mostraron la cortesía excelsa de prestar sus bendiciones y acompañarlo devotamente hasta el cristal azul. Sabían quién era Maira, la semielfa, porque allí nació la hija de Andro y Eahana. Su hogar permanecía intacto, así que Bredamor observó el cobijo que la vio nacer. Los elfos le explicaron que Andro fue un humano que vivió en Moriem y viajó lejos de su tierra para estudiar la vida de los elfos. De esa forma, se acabó convirtiendo en un mercader asiduo de pócimas, ingredientes y hechizos extraordinarios que ellos supieron aprovechar sustancialmente. En una de sus incursiones, Andro se enamoró de Eahana, la vendedora de raíces. Su historia se fraguó con Maira. Tras su nacimiento, esta adoptó costumbres, comportamientos y enraizadas tradiciones élficas. Pero entre todo destacó un elemento curioso que la diferenciaba de un humano: el ónice azul. Ese pedazo de fulgurante piedra añil le proporcionaría la vida eterna a menos que se destruyera. Así se determinó el vínculo entre un humano y una elfa. Andro y Eahana decidieron abandonar Odossin, y nunca más se volvió a saber de ellos.

Se deliberó por el bien común reducir la comitiva para viajar más livianamente y conseguir el objetivo en la mayor brevedad posible. Norlas y Syndarur se comprometieron a seguir con Bredamor hasta Valcryshand. Los demás elfos optaron por instalarse en la ciudad. Se encomendaron a los dioses para que su viaje resultara hacedero y no les reportara ningún incidente. Todavía les quedaba una marcha heladora por delante, aunque contaban con provisiones más que suficientes del reino de los elfos, varios petates con comida, mantas cálidas de piel de *llanuro* y su ímpetu, aunque no sería necesario hacer demasiado acopio de este. Bredamor de primeras se negó a compartir su aventura con más compañía de la necesaria y rechazó el soporte de los *llanuros* que muy

gentilmente los elfos le ofrecieron. Por mala suerte, luego lo acabarían lamentando, en especial, sus compañeros.

Una vez que todo se dispuso, los tres retomaron la ruta hacia el norte. Caminaron entre ventisqueros que golpeaban cuales puños, las nieblas tampoco facilitaban demasiado la travesía. Incluso para un autóctono representaba una auténtica pesadilla. Bredamor se preguntaba por lo que Maira había llegado a pasar hasta alcanzar su meta. No entendía con exactitud los pasos que debió de tomar o la forma en que lo logró; sin dar más vueltas a esos asuntos, albergaba el deseo más ferviente: el reencuentro para poner un punto y final a su viaje. Maira no había optado por atravesar Odossin, sino que prefirió terminar el trayecto directo hasta Valcryshand en la soledad más estricta.

El camino se estrechaba, y restaban pocos días para contemplar las primeras impresiones en la cercanía del zócalo azul. Kaothee estaba a punto de abandonar su estancia sobre Baonor y comenzaría la Cuarta Era. Syndarur se encontraba henchido de una emoción desconocida, sería la primera vez que contemplaría el cristal de la vida y la muerte, un tesoro que los dioses dejaron impreso en el mundo de Continenthar; habían elegido Ponente Este para tal responsabilidad.

Llegó el día en que el cielo del planeta volvió a lucir azulado, la estrella de las Eras se marchó y todo recuperó la calma. No obstante, desconocían los planes de Eceron, ya que habían perdido contacto con él desde hacía meses. Se percibió muy rápido cómo Continenthar giraba, las nubes retomaban sus viajes y el viento hacía acto de presencia; los animales rompían su letargo efímero y la gente podía liberarse del aire acumulado en sus pulmones.

Bredamor palideció de nuevo y pensó que sus fuerzas lo abandonarían para siempre. Syndarur comprendió que había aguantado demasiado y que quizás ahora ya no quedaba más tiempo; resultaba precario buscar un medio de transporte para llegar hasta Valcryshand. Bredamor se fue apagando muy lentamente, por lo que Norlas obligó al mago a custodiar

su vida mientras él localizaba algún animal. Se internó en montañas y bosques. Syndarur se quedó con Bredamor, resguardados bajo unas coníferas hasta que Norlas regresara. Bredamor mantenía sus ojos entreabiertos, la respiración jugaba en su contra y no conservaba un ritmo constante; hacía mucho frío. Esta vez, el mago hizo muestra de su magia y, gracias a su sabiduría, mantuvo el fuego a buen recaudo, evitando los vientos heladores.

Transcurrieron tres días, y Norlas no encontraba el camino de regreso. Syndarur pensó lo peor, podría haber perecido en los fríos poco hospitalarios de Froester. Quiso aguardar al menos uno más. En ese transcurso agonizante para él, consideró que lo mejor era no contar a Bredamor lo que estaba sucediendo. Es más, el goureño tampoco pedía explicaciones.

Al quinto día, Syndarur dormía profundamente cuando un bufido extraño lo despertó. Al levantarse, sus ojos adormilados contemplaron unos curiosos animales fornidos y peludos, los cuales no dejaban de emitir gruñidos. Lo más esperanzador fue, sin duda, la persona que acompañaba a los *llanuros*: Norlas. El mago no pudo evitar exaltarse; después, un tanto aturdido y entumecido, se limpió las cenizas de su cara, producto de la hoguera de la noche pasada.

—Has llegado, creí que no regresarías más. Estas tierras no son muy hospitalarias con nadie, ni para los elfos de los hielos —dijo Syndarur.

Norlas confesó que el cristal de la vida había adquirido un comportamiento inusual, provocando el cambio constante de los vientos y su carácter virulento.

—Pese a ser nativo, igualmente me traicionaron mis sentidos. Incluso creí por un segundo que no me encontraba en Froester, pero aquí estoy. Ya no queda nada, Syndarur; es el momento de llevar a Bredamor a Valcryshand. El zócalo azul está demasiado inquieto, espera ansioso un invitado —expresó Norlas.

Levantaron con delicadeza al goureño y lo colocaron erguido en el *llanuro*. Bredamor, al contemplar tal curioso cuadrúpedo, se echó a reír.

—No esperaba más acompañantes a estas alturas. Pero